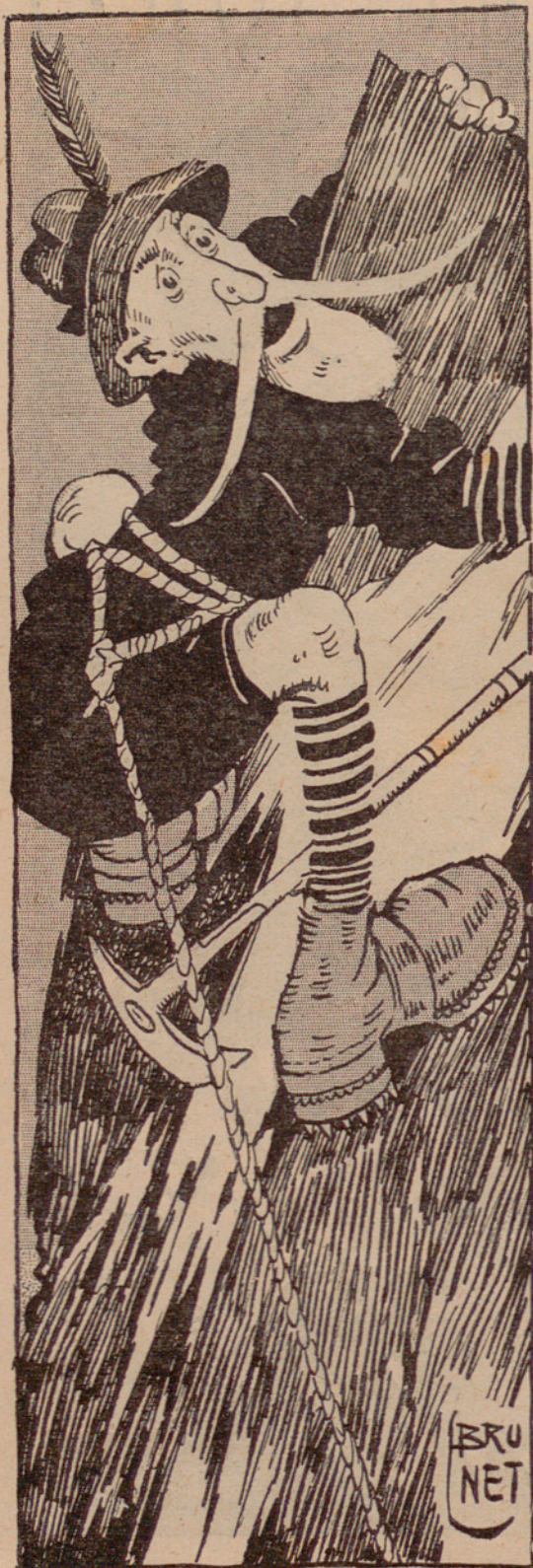




—Parece que se agita el agua; á ver si se pesca algo

Moref en Suiza



Siempre trepando

EL "HÉROE" KINDELAN

El suceso más sonado de estos últimos pasados días ha sido la milagrosa salvación del capitán de ingenieros y aeronauta por *sport* señor Kindelan.

En un tris estuvo de perecer ahogado. Como toda persona de buenos sentimientos, me alegré muchísimo de que la dichosa casualidad de pasar un vapor á pocas millas del naufragio librara á éste de la muerte.

Con todo, no estoy conforme, ni mucho menos, con la importancia excepcional que se ha dado al suceso ni con las distinciones y agasajos con que se ha honrado á Kindelan en Madrid y Valencia.

El hecho en sí, por dramático que haya sido, se reduce á un hombre (muy digno de estimación) que por *sport*, sin finalidad científica y sin que redunde en beneficio de tercero, se eleva en un montgolfier que ha de llevarle donde el viento quiera; que éste acuerda llevarle al mar y en él le deja á merced del acaso y de las olas, y que, á punto de ahogarse el aeronauta, pasa por su vera un vapor carbonero y le salva de una muerte cierta.

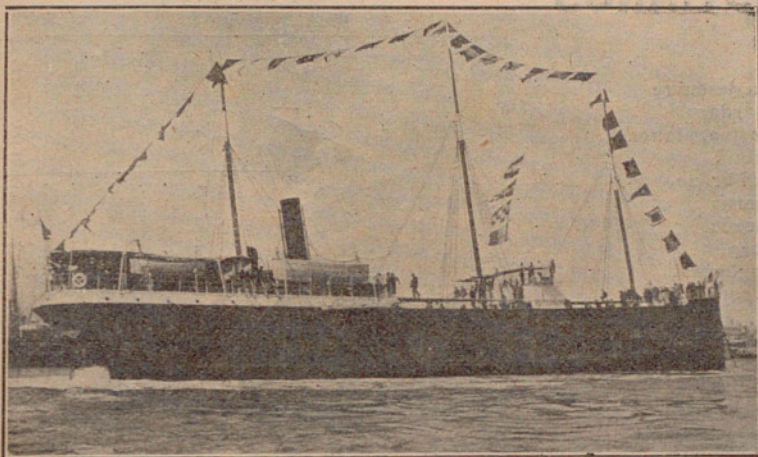
Esto es todo. Para Kindelan fué mucho y muy gordo; para el mundo no pasó de un suceso como tantos que diariamente registran las crónicas de todos los países y que, por emocionantes ó dolorosos que sean, se olvidan enseguida.

Pues á un hecho así, adocenado y corriente, se le dió en España honores de acontecimiento nacional, y á Kindelan se ha tratado y recibido en Madrid y Valencia como, ó poco menos, la ciudad de París recibiera á Napoleón I á su regreso de la campaña de Egipto.

Horas antes de elevarse en su globo *María Teresa* el nombre de Kindelan era desconocido para casi todos los españoles. Hubiese muerto en aquel instante de una apoplejía ó de un accidente cualquiera y todos nos hubiéramos quedado tan frescos, sea dicho sin intención de herir al señor Kindelan en su amor propio. Mas el señor Kindelan comete la proeza (de que yo no me siento capaz por mero *sport*) de elevarse; el viento lo arrastra al mar; cae en las aguas y en ellas lucha desesperado por la vida hasta que una mano providencial y piadosa le salvó, y ya tenemos al señor Kindelan convertido en héroe, en ídolo de las multitudes, en la figura más interesante y de más relieve de España... por unos días.

Funciona el telégrafo; «gimen» las rotativas; conferencian los ministros; llegan á manos de Kindelan millares de felicitaciones; le acosan los *reporters*; se le recibe con aplausos y vitores en Madrid; se le dan banquetes; se le condecora; se le mima; se le agasaja; se le venera; entra triunfalmente en Valencia; en su honor suenan las tracas valencianas; se le obsequia con más banquetes y serenatas; se le lleva de una parte á otra enseñándolo como un bicho raro á la multitud necia y bobalicona; se le echan flores á su paso por las calles y... le suplican que pida al rey el indulto de Nakers y compañeros de infortunio.

¡Cuánta novelería y cuánta ridiculez! Es triste tener que confesarlo; pero un pueblo que se sale de madre por un suceso de una objetividad tan insignificante como el drama de Kindelan es un



El vapor *Rioja*, en que regresaron de su excursión á Almería las Asociaciones Enterpenses de Clavé, atracando en el muelle de la Muralla.

Los expedicionarios desembarcando del vapor *Rioja*.



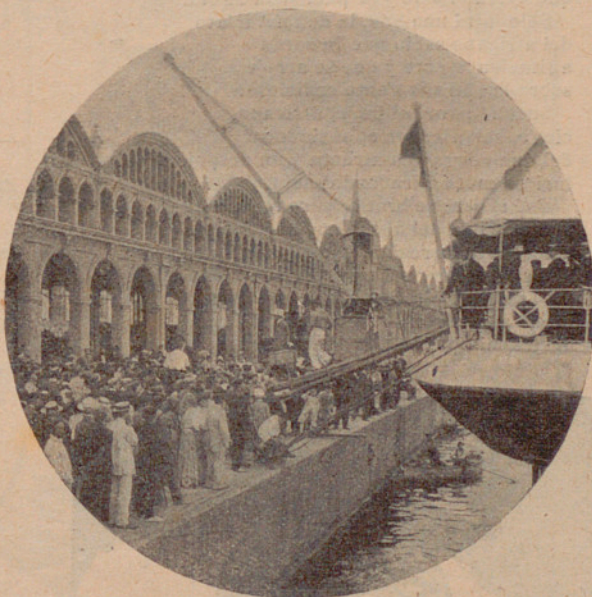
pueblo que carece de acción, de pensamiento, de héroes y de hombres.

No nos enfademos y echemos cuentas. España ¿qué le debe á Kindelan? Este, al elevarse en su globo, ¿qué fin perseguía? A la primera pregunta contestaré que, poco más ó menos, lo que á cualquier otro ciudadano honrado, y á la segunda que el de satisfacer un gusto personal, sin finalidad alguna trascendente.

Hay que convenir que para tan poca cosa gran parte del pueblo español se ha excedido en sus muestras de afecto á Kindelan. Me parece que con habernos congratulado en silencio de su salvación y con un banquete que le hubiesen dado sus amigos había ba tante. Lo demás sobraba. En el mundo, y en España mismo, hay muchos hombres que se sacrifican por la ciencia, por sus conciudadanos, por su patria, por la Humanidad, y nadie se acuerda de ellos.

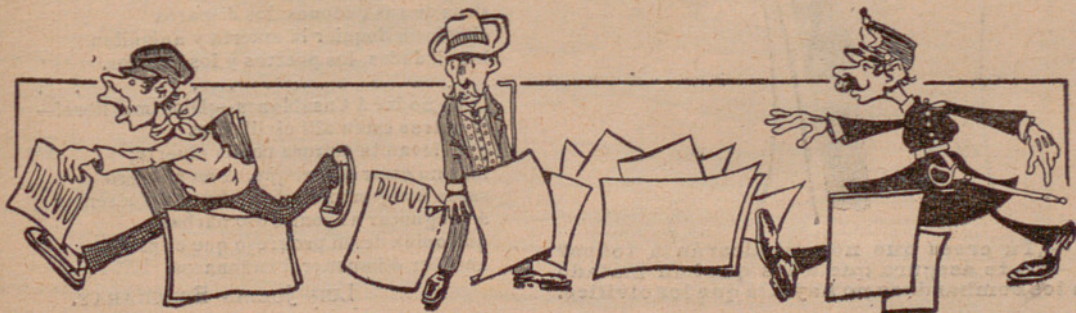
En cambio se glorifica á Kindelan porque por sport se elevó en un globo y luchó con las olas. Y le llaman «héroe», «el héroe». Otra vaciedad. Cualquiera en el lugar de Kindelan hubiera hecho lo que él. No sé qué recurso le quedaba sino el de luchar desesperadamente con las olas hasta el último momento. Todos los naufragos hacen lo mismo. Habrá muchas personas, y yo una de ellas, que careceremos del valor necesario de elevarnos en un globo sin más propósito que el de ver la tierra á vista de pájaro; pero si naufragamos nos batiremos con las olas con la misma bazarria que el señor Kindelan.

Si en el acto de Kindelan hubo heroicidad fué



en elevarse, no en su pugilato con los elementos. Pero como el título de héroe se le ha colgado por esto más que por lo otro, de ahí que yo, dejando á salvo todos los respetos debidos al señor Kindelan, me reía de esa clase de héroes y de los que los crean con la misma facilidad é inconsciencia que podrían batir huevos para hacer una crema.

EL TUERTO DE LA RATERA.



MOROS Y CRISTIANOS

I.

Todo es quietud y paz; nada descubre
la fiera agitacion que crece sorda;
nada advierte el peligro á los que, ufanos,
bienes ajenos descuidados gozan.

Soldados vigilantes, arma al brazo,
tienen á raya las bravatas moras
y obreros europeos se enriquecen
á favor de esta paz engañadora.

Los árabes, llorando de vergüenza,
ven sus creencias y sus leyes rotas,
y fieros sueñan con terribles días
de luchas y matanzas redentoras,
y hay en los ojos de los bravos hijos
del tórrido desierto ansia anhelosa
de morir en la lucha, prefiriendo
la muerte al vilipendio. Cada hora
que tarda el sacrificio es un tormento
que aviva el odio y la paciencia agota.

Sólo falta una voz, la de un Viriato
del africano suelo que la sorda
agitacion avente y que se arroje
sobre la extraña gente codiciosa.

Suena la voz, al fin; el africano,
ciego, salvaje, con el ansia loca
del que venga una afrenta y un despojo,
furioso mata é iracundo asola.

Fué el ataque brutal; pero la justa
indignacion, del hecho engendradora,
disculpa la agresion, que ellos luchaban
por su dios, por su ley y por su idioma.

Si se olvida la causa y se condena
la hazaña varonil y vengadora
destruyan, por inútil y por bárbara,



—¿Tú crees que nos civilizarán á todos?
—Yo te aseguro que á los que han matado
en los bombardeos no hay Alá que los civilice.

En el baño !



Quando veo que se baña
sola una mujer hermosa
y veo que el mar se agita
le tengo envidia á las olas

todos los pueblos su gloriosa historia.

La cruenta venganza de los moros
turba y agita á la ambiciosa Europa,
y la voz de: ¡A Marruecos! ¡A Marruecos!
fieras vomitan insensatas bocas.

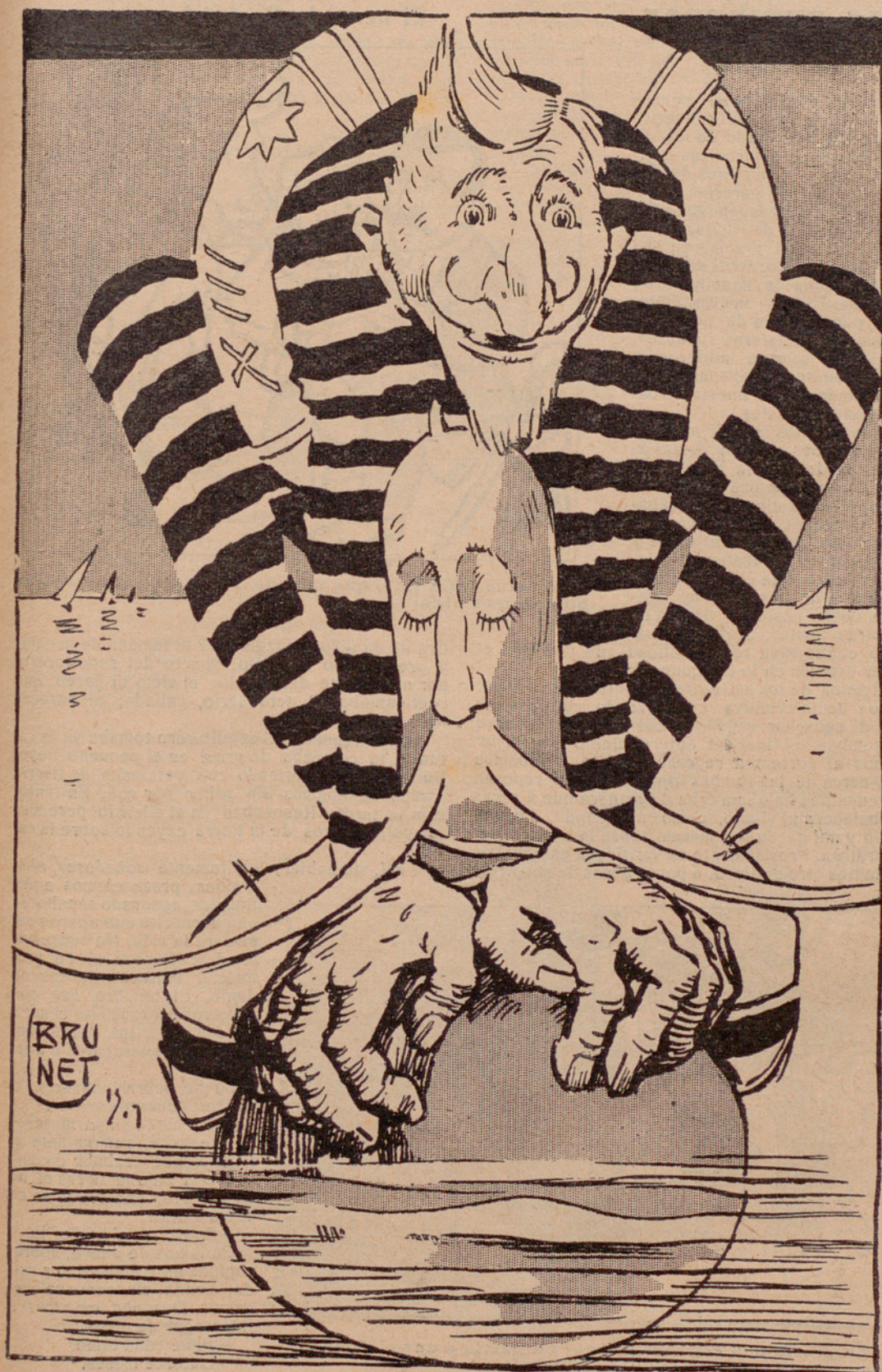
II.

Hay que lavar la afrenta, no es posible
tolerar la agresion del africano;
por cada gota de europea sangre
de sangre mora verteremos lagos.
Con afan insensato se dan órdenes
y á Africa parten gigantescos barcos;
los bocudos cañones amenazan,
el sol se quiebra en los brillantes cascos.

Al divisar la playa, el comandante,
obedeciendo ciego los mandatos,
ordena la venganza friamente,
y, fríos y obedientes, los soldados
dirigen á la costa los certeros
tiros de sus cañones; los disparos
siembran doquier la muerte y aniquilan
las ciudades, los puertos y los campos.

Yo no iré á Casablanca—¡Dios me libre!—
mientras estén allí civilizados
que llevan la cultura con la muerte;
mas no estaría mal que, si un milagro
salva á algun moro de la muerte, fuésemos
á preguntar al venturoso bárbaro
qué opina de un progreso que es preciso
enseñar é imponer á cañonazos.

LUIS JULIAN ECHEGARAY.



Moret con el agua al cuello. —No cargue usted, don Antonio, que me voy á fondo

DOS ENTIERROS

Estaba de fiesta la tarde cuando entramos en el Cementerio. Sobre las cabelleras de los cipreses ponía el sol irónicas manchas rubias; los angelitos del friso de un panteon parecían mirar las aves que pasaban volando, como ganosos de agitar, ellos también las alas y sumergir sus cuerpecillos regordetes en la atmósfera tibia de aquella tarde deliciosa. El cielo mismo, diáfano y puro, se reía de nosotros, de nuestras chisteras fúnebres, de nuestra secreta indiferencia por el difunto, que apenas habíamos conocido, de nuestros rostros convencionales.

Avanzábamos sin ver nada de aquello—pues estamos demasiado apartados de la Naturaleza para comprender una palabra de lo que ella nos dice—, avanzábamos al través de las avenidas silenciosas orladas de vanos y presuntuosos palacetes de mármol. Nos precedía el pobre muerto, dentro de su caja, muy estirado, como nosotros dentro de nuestras levitas, tranquilo, callado, con la vaga respetabilidad que confiere el haber entrado en lo Desconocido.

Algunos de los asistentes al entierro nos separamos de la comitiva, en un recodo, con la intención de aguardar, vagando y curioseando por entre las tumbas, el final del enterramiento é incorporarnos al cortejo al regreso de éste. Estábamos muy cerca de las tumbas pobres, donde reposan los humildes bajo una cruz de madera que á veces se balancea al viento, como cabeceando, ó cae al suelo y allí queda por meses, sobre la tierra misericordiosa. Precisamente se verificaba en aquellos instantes otro entierro, á pocos pasos de nosotros.

El nene de Portugal



—Chupa, hijo mío, que cuando se agote esta vaca te buscaremos otra.

Era de un niño, á juzgar por el tamaño de la caja, y presenciado tan sólo, aparte del sepulturero, por un hombre del pueblo, ni viejo ni joven, que contemplaba el acto serio, callado, al parecer impassible.

Nos acercamos. El sepulturero tomaba ya la cajita y la colocaba de prisa en el pequeño hoyo. Luego la fué cubriendo con paletadas de tierra. Todos callábamos sin saber por qué. En tanto, caía la tarde. Resonaban en el silencio perezoso los golpes secos de la tierra cayendo sobre la cajita.

Y así, sin hablar, súbitamente soñadores, abstraídos, presenciábamos aquel humilde, ignorado sepelio de un cuerpecito que apenas conociera la vida. No pensamos en descubrirnos ni en pronunciar inútiles palabras de duelo. El hombre que con nosotros presenciaba el acto, sin desplegar los labios tampoco, se preparaba ya á marcharse.

Se me ocurrió mirarle. E indiscretamente curioso.

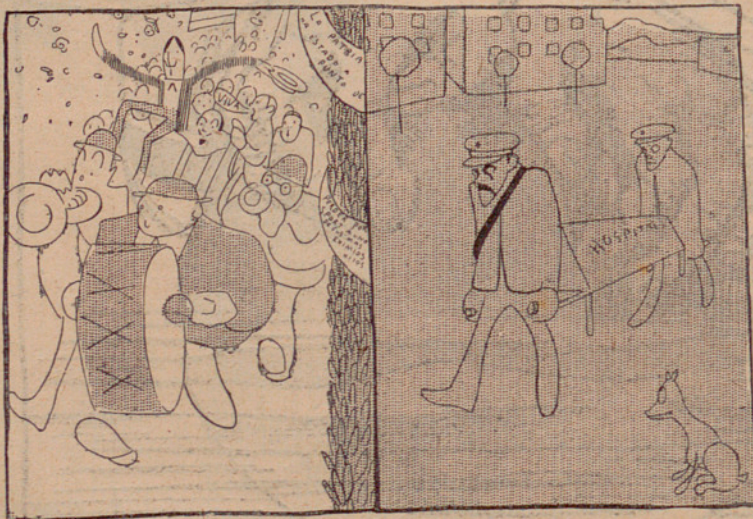
—¿Es usted su pariente?—le pregunté, señalándole el lugar donde acababa de desaparecer bajo la tierra el niño muerto, encerrado en su cajita blanca.

—Su padre, sí, señorito.

Callamos de nuevo, sobre cogidos ante aquel dolor mudo, hondo, sin convencionalismos. Despues me atreví á interrogar de nuevo:

—¿Qué edad tenía?

—Catorce meses.



La patria á la casi víctima de un sport.

La patria á una víctima del trabajo.

—¿Y de qué se le murió?

Un nuevo instante de silencio.

—Mayormente de hambre. La madre no tenía leche, de tan débil. Y comprar leche fresca cuesta mucho... había que aguarla para que durara... son muchos los chiquillos y yo solo trabajo... Mayormente de hambre.

La noche se acercaba. Se acercaba también, de vuelta, la comitiva de que habíamos formado parte. Gorjeaba un pájaro sobre una cruz, y nosotros, sin explicarnos la causa, bajamos la vista, oprimidos, con una vaga sensación de culpa, como si á todos nos tocara algo de la muerte del niño.

—Cosas de la vida. Pues con Dios, señoritos— dijo el hombre.

El retorno fué taciturno. Sobre mi alma había caído de pronto una noche más oscura que la no-

che que nos venía encima. Me sentía avergonzado de mi traje, de mis palabras, de nuestra vida y nuestros actos, avergonzado y pesaroso, sin comprender de qué ni por qué. Aquel breve diálogo me había trastornado el espíritu.

Nos alejamos en nuestro coche. La carretera se extendía á lo lejos en la penumbra. Antes de alejarnos miré, buscando algo, en la extensión del camino.

Ví al padre del niño muerto, que avanzaba á pie, de vuelta también á la ciudad, encorvado, pesadamente, como si llevara sobre sus hombros cansados todo el peso de un mundo caduco é injusto que se viniese al suelo. Al postrero fulgor de la tarde la sombra del hombre oscilaba, fantástica, sobre el blancor de la carretera...

LUIS RODRIGUEZ EMBIL.

EL JUDIO ERRANTE

Don Jaime viene,
don Jaime va...
¿Qué busca el hijo
de su papá?

Todos los días y á todas horas
leo que el hijo
del Pretendiente
tanto á esta tierra se ha aficionado
que la visita
constantemente.

Entra en España cuando le place,
cruza su suelo
de Sur á Norte,
y sin que nadie le cierre el paso
cada tres días
viene á la Corte.

Aquí le miman y le agasjan
y hasta le llevan
á algun *guateque*
porque no hay nadie tan atrevido
que al fin le diga:
¡Pollito, ahuequel!

Va á los teatros, y envía flores
á las artistas
más celebradas,
y va á los toros como un cualquiera
y arroja *luises*
á los espadas.

Visita á Mella, su fiel amigo,
quien le aconseja
tales andanzas,
y los dos juntos se comunican
sus ilusiones,
sus esperanzas...

Oye su misa correspondiente,
va á la *parada*,
donde está un rato,
para que alguno de sus amigos
con la instantánea
le haga un retrato.

Y de este modo, claro es, no cabe
duda que el hijo
del Pretendiente
tanto á esta tierra se ha aficionado
que la visita
constantemente.

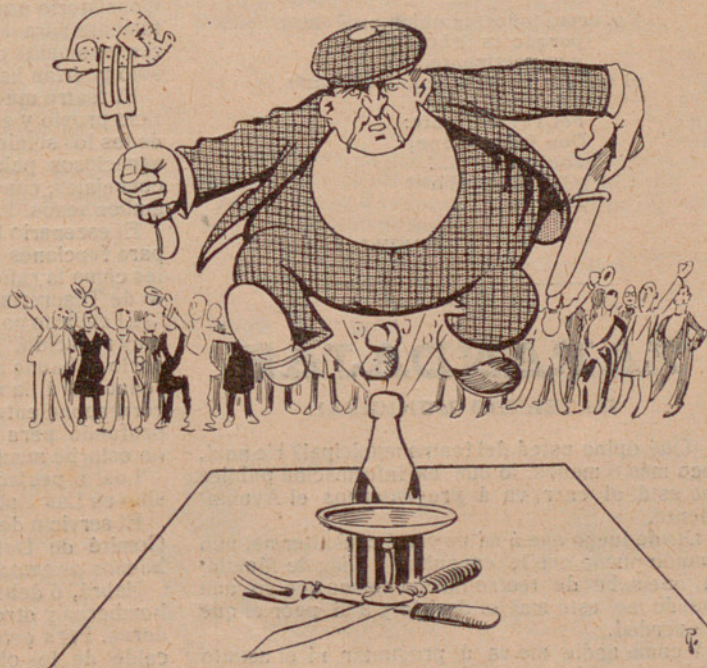
Pero, de pronto, desaparece;
va á Cartagena,
fuego á Cascante...

Y de este modo su vida toda
pasa este nuevo
judío errante!

Al saber esto preguntan muchos:
¿Qué es lo que busca?
¿qué es lo que ansía?
¿Que se hable mucho de su persona?
¿que le eche el guante
la policía?

¿Prestar alientos á sus parciales?
¿buscar, cual dicen,
tres pies al gato?
¿hacer de coco? ¿darnos un susto?

Kindelan agasajado



Se salvó del remojón,
porque un marino sajón
le sacó del agua á cuestras;
pero si siguen las fiestas
va á morir de indigestión.

Fiesta Mayor de Sabadell "Aplech de la Senyera"



Visitando el Ateneo

¿ó simplemente
pasar el rato?

Yo, como todos, también pregunto,
porque es del caso
y es pertinente,
al ver que España de parte á parte
recorre el hijo
del Pretendiente:
Don Jaime viene,
don Jaime va...
¿Qué busca el hijo
de su papa? ..

MANUEL SORIANO.

ZARANDAJAS

EL TEATRO MUNICIPAL

¿Qué opina usted del teatro municipal? He aquí,
poco más ó menos, lo que, en información pública
que está al caer, va á preguntarnos el Ayunta-
miento.

Desde luego que á mí no van á consultarme, aun
cuando puede que le consulten á Díaz de Mendo-
za, que sabe de teatro mucho menos que yo, aun
cuando me esté mal el decirlo y á él peor el que
sea verdad.

Y como nadie me va á preguntar, ni el asunto
me importa, ni creo que á ustedes tampoco, tengo
un empeño loco en exponer un plan completo de
teatro municipal, cosa que nos está haciendo tan-
ta falta como los municipales en el teatro.

Hay quien supone que no precisa
construir un edificio *ad hoc* y que el
Consistorio nuevo podría servir perfec-
tamente para las representaciones. Voto
resueltamente contra ese parecer. Allí
sólo podrían hacerse sainetes.

El teatro municipal ha de tener edi-
ficio propio y en él no han de ser olvi-
dados los siguientes detalles: cincuenta
espaciosos palcos para las cincuenta
concejales, concejales y concejalillos de
ambos sexos. Es indispensable.

El escenario habrá de estar dispuesto
para funciones de gran espectáculo, ta-
les como la reforma interior ó el contra-
to de Tesorería.

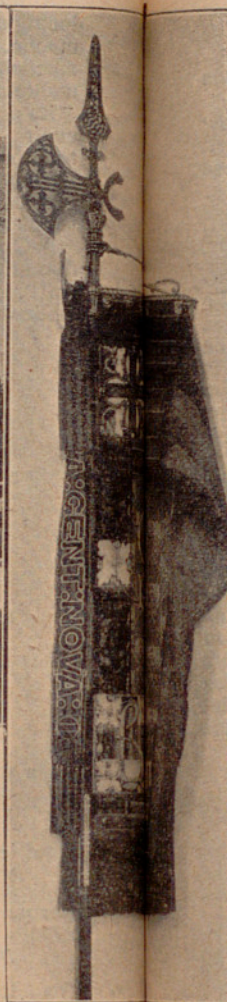
El espacio para la orquesta puede ser reducido,
muy reducido, porque, suponiendo que ha de ocu-
parlo la banda municipal, ésta suele estar también
reducida á la más mínima expresión. En el sitio
correspondiente al director habrá un pozo algo
profundo para colocar al maestro Nicolau y que
no estorbe mucho.

Los espectadores no podrán estar en butacas,
sino en Las Batuecas.

El servicio de acomodadores correrá á cargo del
Comité de Defensa Social, único para buscar
buenos acomodados.

Habrás, ó deberá haber, un excelente servicio de
bomberos y otro no menos excelente de bombea-
dores. Para este último puede echar mano el al-
calde de los chicos de la Prensa y le resultará
casi gratuito.

Para el éxito del teatro municipal hay dos car-
gos que necesariamente han de ocupar los señores
que indico para ello: el de maestro de baile el se-



La senyera pertenece
a la Asistent Nova,
de Badalona.



Ante las Casas Consistoriales

ñor Sanllehy y el de actor de mal ca-
rácter el señor Lopez.

Con esto y con que el teatro munici-
pal, para no romper con la tradición,
acabe en punta, problema resuelto.

Pero como mi opinión podría no bas-
tar para ilustrar al Municipio ¡que falta
le hace el ser ilustrado! ahí van algunos
otros pareceres que he recogido:

«Gran cosa ha de ser el teatro muni-
cipal si es una cosa grande; pero ¡que
no olviden el restaurant!

Ossorio.»

«Después de la reforma del casco an-
tiguó estimo necesaria la de muchos *cascos* algo
más duros de reformar. El teatro municipal puede
servir para ello si los concejales, como es de su-
poner, son más asiduos á las funciones que á las
sesiones.

Batlles y Beltran de Lis.»

«¡El teatro municipal...! ¿Aun he de hacer más
trajes de fantasía y de mirame y no me loques?

Beleta.

Sastre municipal.»

«Vaya, ¡ya han caído otros figurines! Se conoce
que han gustado los de la guardia urbana. En cuan-
to se haga el teatro municipal haré los de la guar-
dia amarilla.

Labarta.»

«Creo que debe hacerse el teatro municipal.
Quizá lograré en él hacer un buen papel.

Un director de periódico.»

«Quizá el teatro municipal es una solución para
gravísimo problema. ¡O...! ¿Quién sabe? Tal vez
allí podamos al fin lograr un concierto econó-
mico.

Guillermo Graells.

Hombre práctico.»

«La única manera de que el teatro municipal viva
y prospere es que yo me encargue de la acción de
las obras que hayan de representarse. Mis accio-
nes son ahora las únicas buenas.

El Banco Hispano Colonial.»

Por todo lo no firmado,

JERÓNIMO PATUROT.

Apuntador.



FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

LA CASTA SUSANA

Es doloroso, pero necesario, hacer esta terrible y desconsoladora afirmación: la Historia miente. Acaso no tenga ella la culpa de los mil y un errores que se nos han enseñado en la escuela como artículo de fe, y si los encargados de interpretar la, simples mortales y, como mortales y como simples, propensos *per se* á la falibilidad lo cierto, lo trascendental es que existe el error y que debemos desvanecerlo en obsequio á la verdad.

Revolviendo y rebuscando un servidor de ustedes, en la biblioteca de un amigo mío, fraile tan severo en asuntos de castidad que á todas las doncellas con quienes tropieza las inicia enseguida en el santo aseó á la carne por medio de un hartazgo con el cual llegan las pobrecitas á ponerse pálidas de terror á la vista de la más inotensiva chuleta de cordero; revolviendo, digo, en la supradicha biblioteca, encontré un *in folio* desconocido cuyo título me interesó. *Filosofía de la Historia*, decía el mamotreto en su cubierta. Hojeé al azar, y cuál no sería mi estupefacción al tropezar con un capítulo en el que se restablece la verdad de los hechos en lo sucedido entre la llamada Casta Susana y los dos viejos que la sorprendieron en el baño. He aquí la versión fidedigna, según testigos oculares:

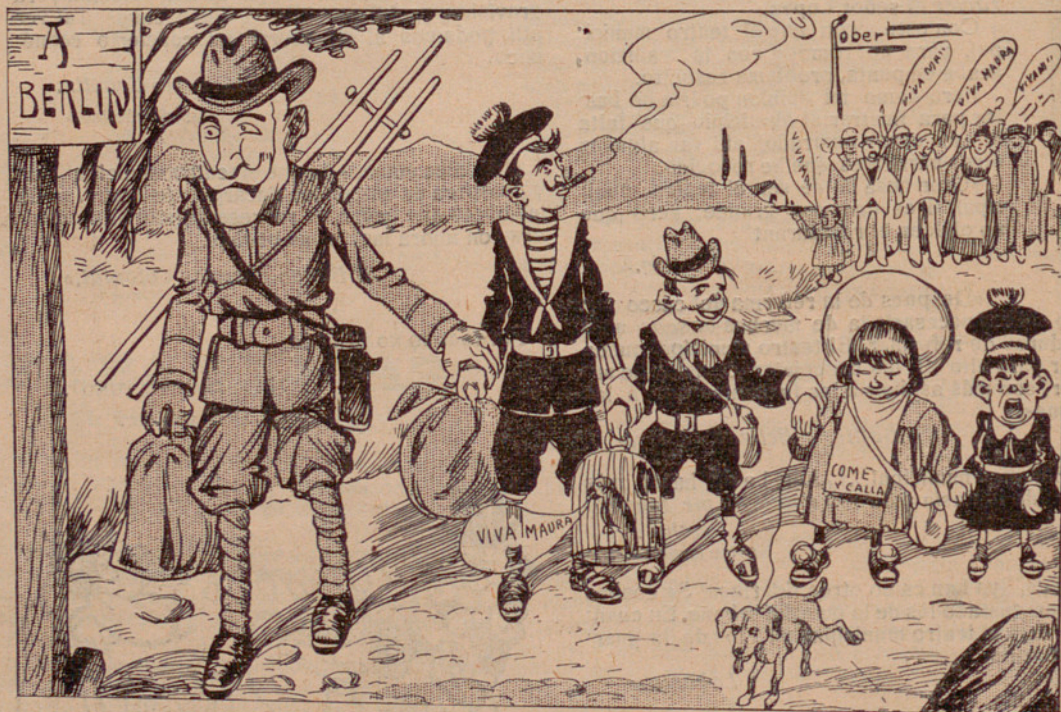
La bella Susana tenía motivos suficientes para dudar de la utilidad práctica de su esposo, á quien los muchos quehaceres sin duda retenían más tiempo fuera de su casa que dentro de ella, manteniéndole en tal estado de preocupación que,

aun estando dentro, maldito si se acordaba de la juventud y hermosura de su infeliz esposa.

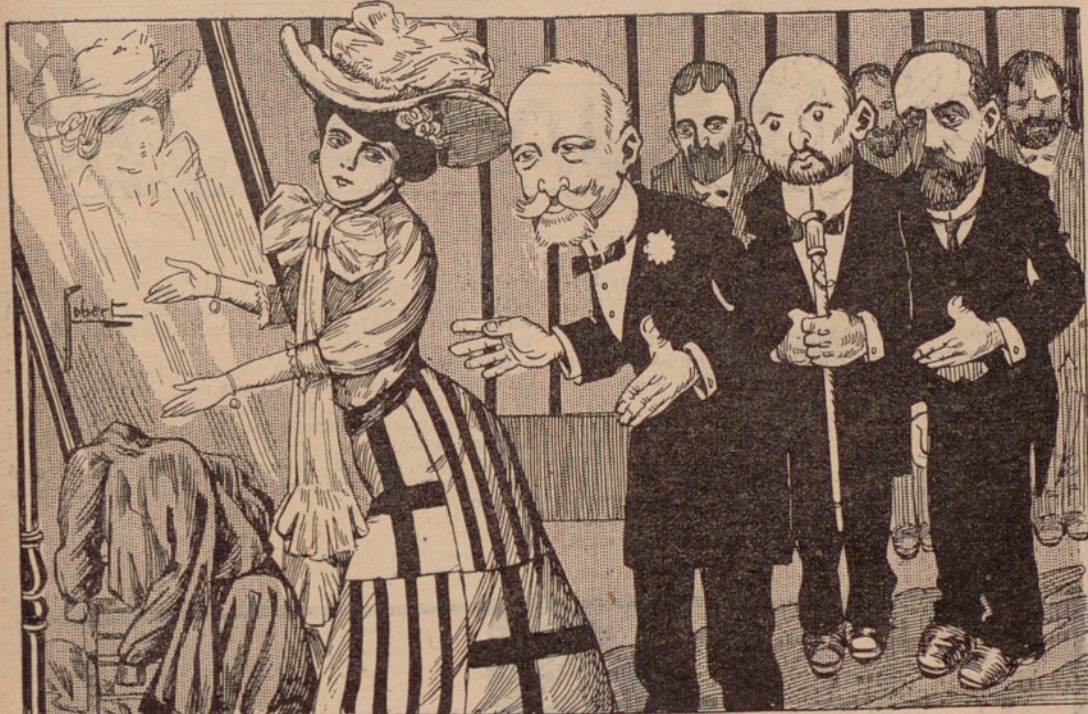
Con esto acaeció que Susana empezó á entretecerse, á padecer extrañas melancolías, insomnios, ataques de nervios y una debilidad misteriosa que amenazaba marchitar sus floridos encantos. Consultó todas estas enfermedades con una amiga íntima, mujer experimentada en los secretos del alma y del cuerpo humanos, y al cabo de un eloquente discurso y de una breve discusión convinieron ambas en que el remedio eficaz estaba en manos del atareado esposo. Pero Susana era mujer muy recatada dentro de su hogar (acerca de su famosa castidad bajo este aspecto no miente la versión oficial) y por nada de este mundo hubiera llamado la atención de su esposo acerca del cumplimiento de unos deberes de los que parecía haber olvidado por completo. ¡Angustiosa situación para la pobre Susana! Fué preciso resignarse con su desgracia y distraer las tristezas y los insomnios leyendo los libros de un tal Coriandro, que era el abate Brantome de la época y cuya fama no ha llegado, desgraciadamente, hasta nosotros quién sabe si por envidia.

Una tarde, paseábase Susana por la orilla de un río de poca importancia, y tan embebida iba en su lectura que se halló de golpe y porrazo delante de dos viejos en pleno baño. Parece ser que ellos se ruborizaron mucho y trataron de ocultarse detrás de unos cañaverales; pero Susana, que había

Alegrías breves



—Papá, ¿por qué se alegra tanto esa gente?
—Por que los pobrecillos se figuran que nos vamos para siempre.

Da las gracias, ^{ta}niña

—Mira, hija mía, este vestido que estrenarás en Octubre tienes que agradecérselo a todos estos señores.

—Bueno, pero que conste que lo pago con mi dinero.

tirado al suelo á Coriandro, se adelantó con paso resuelto y les hizo ver cuán agradecida quedaría

si le concediesen un ratito de consulta acerca de sus graves y múltiples dolencias. Quizás ellos la pudiesen orientar para conseguir el remedio heroico que necesitaba.

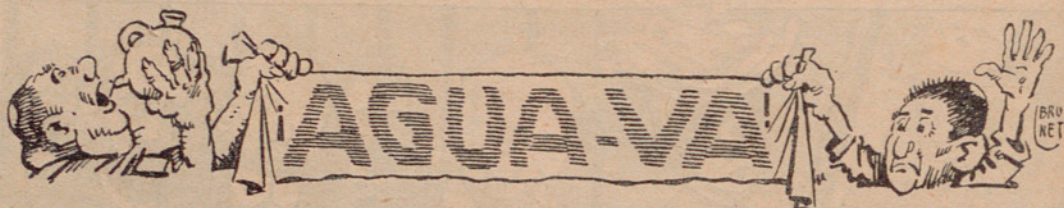
Los viejos se negaban con signos y ademanes pudorosos; mas Susana, rasgando sus vestiduras con un sublime arranque de diosa, les obligó á escucharla; y tan atenta- mente la escucharon y con tal cariño la conso- laron, que, ya entrada la noche, cuando Susana emprendió el regreso de su hogar visiblemente confortada, quedáronse los dos viejos junto al cañaveral, acostados so- bre la hierba y tan ren- didos que más se les hu- biera tomado por cadá- veres que por seres vi- vientes. En ve- dad que fué aquel un verdadero abuso de verbosidad, y la lengua también se cansa por muy hecho que esté su dueño á los discursos largos y elo- cuentes.

Por la interpretación del *in folio*,

J. MENENDEZ AGUSTY.



—¡Morir tan joven! Quisiera levantarme, pero me faltan las fuerzas



Ya tenemos armado el lío en que teníamos des-
contado había de meternos la inolvidable Conferen-
cia de Algeciras.

Hasta ahora hemos sido prudentes y hemos deja-
do, con muy buen acuerdo, que carguen los barcos
franceses con la responsabilidad de despanzurrar á
los moros.

Pero ¿conservaremos hasta el fin esta loable pru-
dencia? ¿Seremos dueños de nuestros excitables ner-
vios y sabremos resistir los inoportunos hervores
de nuestra sangre meridional?

Tememos que no, pues además de habernos com-
prometido en la dicha Conferencia á representar un
papel de mayor empeño del que á nuestros escasos

medios corresponde, siempre que de Marruecos se
trata se nos sube la Historia á la cabeza y nos da el
naípe por ir á Africa á reverdecer marchitos laure-
les.

Recordemos lo ocurrido no ha muchos años, cuan-
do el simulacro del Riff, y para no repetir la pesada
broma acordémonos también de la hueria y embus-
tera frase que hará inmortal el nombre del general
Lopez Dominguez.

Y puestos, como él, á elegir entre ir á Marruecos ó
quedarnos en casa, no vacilemos en determinar esto
último.



Un hombre de pupila

Bien sabemos que estos consejos, altamente pacifistas, sacarán de quicio á los que sueñan con que vayamos á buscar en Africa lo que en otras partes hemos perdido.

Pero ni aun así nos damos á partido, pues somos poco amigos de defender imposibles, y por tal ha de tenerse que pensemos encontrar en un territorio relativamente pequeño los vastísimos dominios que en menos de medio siglo nos han quitado.

Para encontrar lo perdido hacen falta cien Marruecos, y hacen falta otras mil cosas que hace tiempo no tenemos.

Pero supongamos por un instante (sólo como hipótesis ¿eh?) que oímos los sonoros acordes de la *Marcha de Cádiz* y que para más enardecernos nos la ejecutan agravada con la ridícula y ripiosa letra que escribió un vate á petición del pediguño y en trometido Mariano de Cavia; supongamos más aún: que la sobada *Marcha* se refuerza con el majadero himno escolar que hace cosa de un año premiamos con la bonita cantidad de 1,000 pesetas á don Sinesio Delgado, y que, como es de temer si esto ocurriera, no somos lo suficientemente fuertes para sufrir en calma estos chaparrones de poética patriotería, y se nos remueve el sedimento belicoso que todos los españoles llevamos en el cuerpo y nos emperramos en ir á Marruecos á matar infieles.

Supongamos todo esto para preguntar enseguida: ¿qué provecho iba á sacar el alocado y flacucho Don Quijote de la aventura?

Lo de siempre: palos, pedradas y quebrantahuesos. En cambio, los Sanchos zorros y hambrones encontrarían á nuestra costa algo de sustancia á que clavarle el diente.

Pensemos que hay hombres
traviesos y cucos
que aguardan que tontos
armemos barullo
para á nuestro amparo
hacerse *lo suyo*,
y vivos digamos
el refran antiguo:
El que quiera truchas
que se moje... el muslo.

El ministro de Marina ordenó que el *Infanta Isabel* marchara á Marruecos, orden que no pudo ver obedecida porque el barco no estaba en condiciones de ir á Africa.

Ese barco es todo un símbolo. Símbolo de la maltratada España, que tampoco está en condiciones de ir á Africa, aunque los ciegos piensen otra cosa.

Como el *Infanta Isabel* se halla toda la nación, que haría muy mal papel por regir mal el timón.

..

El general Primo de Rivera ha resucitado la cuestión de las capitánías generales, que, según se teme, está dispuesto á proveer.

No lo creemos; el ministro de la Guerra sabe que esa resolución produciría pésimo efecto.

Pues claro ha demostrado nuestro primo país que no vería á gusto una primada así.

..

En un expreso de la línea del Norte, en el que se inauguraba el servicio de vigilancia para evitar robos en los trenes, le fué robada á un viajero una maleta con alhajas y dinero.

Nosotros lamentamos sinceramente el disgusto que debió de llevarse el viajero robado; pero hay otra cosa que nos apena mucho más: el temor de que Lacierva cas-

tigue á los guardias que iban en el tren para vigilar trasladándolos á Barcelona cuando dé en reorganizar nuestra policía.

..

Hace un momento hemos desempolvado el olvidado é insignificante nombre de don Sinesio, nuestro vate nacional.

Al hacer la exhumación creíamos sinceramente que Sinesio Delgado había roto las destempladas cuerdas de su inarmónica lira, convencido al fin de que no le había creado el Altísimo para poeta.

¡Cuáles no serían, por consiguiente, nuestros desencantos y nuestras sorpresas al encontrar en un periódico de Madrid unas coplas sinesiacas que el bueno de Delgado disparó á quemarropa contra el festejado Kindelan en uno de los innumerables banquetes con que le han indigestado sus admiradores!

Hé aquí, á modo de muestra, dos estrofas del brindis que Sinesio leyó al final de la comida, con el propósito, sin duda, de que les sirviera de vomitivo á los comensales:

“El caso es de gran donaire,
insólito y estupendo;
ya es mucho vencer al aire,
pero al agua no lo entiendo.

Esto explica que, á la vez,
desde Copenhague á Fez
todos admiren tu brío,
y unos digan: ¡vaya un pez!
y otros digan: ¡vaya un tío!”

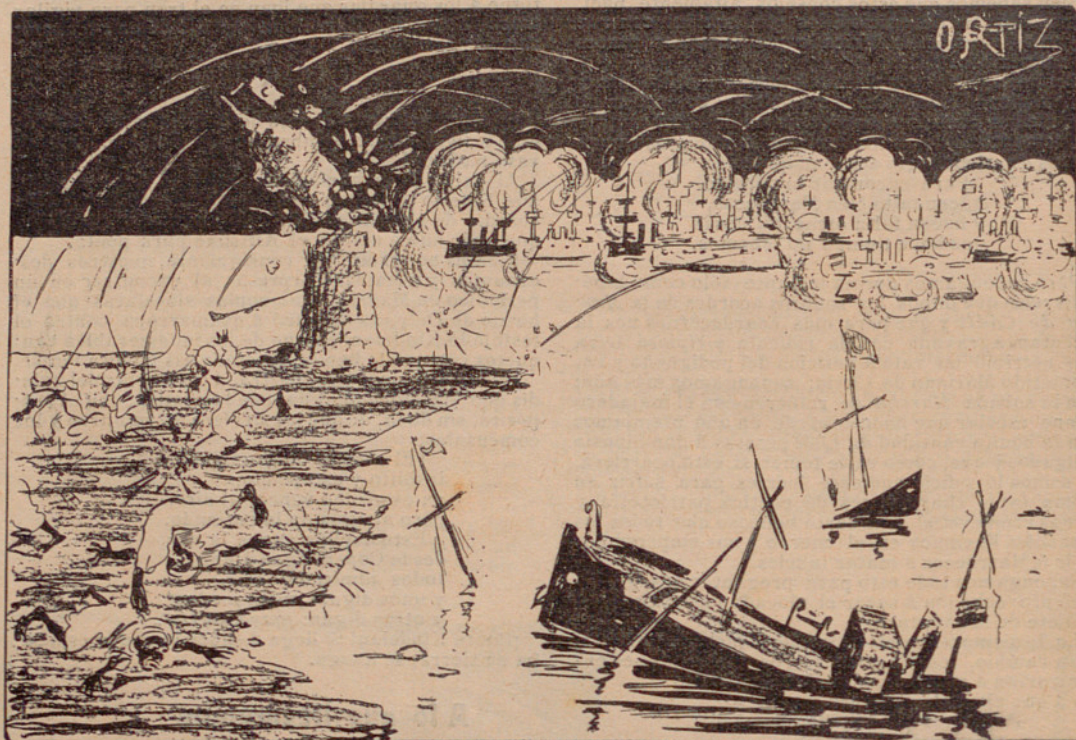
¡Pobre Kindelan! Si llega á saber lo que le esperaba en tierra, se ahoga.

A lo que llegaremos



—Señor gobernador, ordene V. E. á un guardia que me acompañe á mi casa; ¡me están robando!

—Lo siento; pero no puedo complacerle á usted, porque todos los guardias están presos.



Por fin hemos encontrado un pretexto para civilizar á los moros

QUEBRADEROS GABEZA

PROBLEMA

. . . C
 . . . I
 . . . N
 . . . C
 . . . O
 . . . M
 . . . I
 . . . L

Sustitúyanse los puntos por letras de modo que en cada línea horizontal se lea una cantidad y la suma total de ellas sea la escrita verticalmente.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

Caballo vivir oveja

R K

Rompecabezas con premio de libros



Viendo cómo se columpia esta simpática joven se hallan su padre y cinco hermanos. ¿Dónde están?

CHARADAS

Aquí está la *dos primera*
prima segunda tercera.

Muy *prima dos* era un jaco
prima tres que yo tenía,
y tanto me fastidió
que le apliqué cierto día
un *todo* y ¡horror! .. voló.



(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 27 de Julio.)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Los siete camareros pueden verse en los sitios que á continuación se expresa: En el pantalón del individuo que aparece en primer término, junto á la falda de la joven, entre la falda y mano derecha de la misma joven, entre la pluma y parte del sombrero de la propia muchacha, entre los sombreros de los dos individuos más próximos á la joven, entre el tercer y cuarto farolillos y sobre la cabeza del individuo que está de frente en compañía de una beldad.

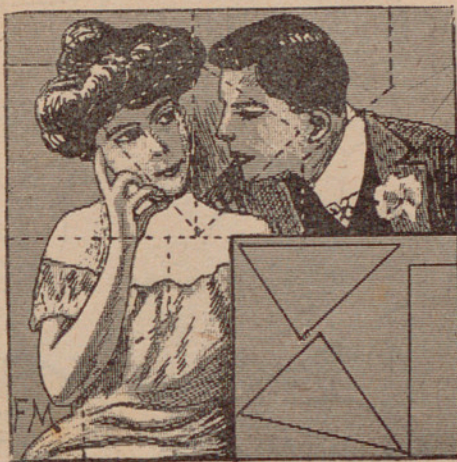
A LAS CHARADAS

Catecúmenos.
Instante.

AL TRIÁNGULO DE PUNTOS

Elena
Lino
Ene
No
A

AL ROMPECABEZAS



AL CANTAR ENIGMÁTICO

Elena.

AL ACERTIJO

Sabás.

A LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Concedido.
Estética.

Han remitido soluciones.—Al rompecabezas con premio de libros: Luisa Aguadé, C. M., Ramon Esclasans Batlle, A. Fcuquerini, Narciso Perbellini, Alvaro Vila, Felix Balaguer, Estanislao Carretero, Ezequiel Martin, Ramon Farias, Pedro Llorens, Eugenio Ferrer, José Elías, Juan Elías, Medin Sangés, Luis Casas Salat, José Adrian y Pablo Maura. Entre dichos señores se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

Al triángulo de puntos: «Una catalana» y Narciso Perbellini.

Al rompecabezas: Narciso Perbellini.

Al cantar enigmático: Narciso Perbellini, «Una catalana» y M. Colomé.

Al acertijo: Narciso Perbellini.

Al primer jeroglífico comprimido: Narciso Perbellini.

Al segundo jeroglífico: Narciso Perbellini.

ANUNCIOS

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Efervescente de Bishop, originalmente inventado por Alfrado Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de Alfrado Bishop, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

SUPERIOR

PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO



EL ROGHI Y PERNALES

—Choca, compañero moro, y cuando quieras una mija de civilización no tienes más que avisar; yo soy el mejor producto de la española.